

Actas del III Encuentro Internacional:

derechos lingüísticos como derechos humanos

CONVERSACIONES INS/URGENTES

Compiladoras

Luisa Domínguez

Sofía De Mauro



Área de
Publicaciones

Escuela de
Letras

Secretaría de
Extensión

ciffyh
Centro de Investigaciones
Filológicas y Lingüísticas
y Humanidades



**Museo de
Antropologías**
Facultad de Filosofía y Humanidades UNIC

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades UNIC



unc

Actas del III Encuentro Internacional: Derechos Lingüísticos como Derechos Humanos: conversaciones insurgentes/Santiago Durante...[et al.]; Compilación de Sofía De Mauro; Luisa Domínguez. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Delegación Facultad de Filosofía y Humanidades, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1901-7

1. Derechos Lingüísticos. 2. Derechos Humanos. 3. Córdoba . I. Durante, Santiago II. De Mauro, Sofía, comp. III. Domínguez, Luisa, comp.

CDD 410.188

● ●
Área de
Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Corrector de estilo: Patricio Pérez Andrade

Diagramación y diseño de interiores: Luis Sánchez Zárate

2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución

- No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



¿Qué falló en el debate sobre los “discursos de odio”?

Por Luis Ignacio García¹

El título de mi presentación asume un presupuesto que ustedes acaso puedan no compartir del todo, pero que quiero explicitar como el telón de fondo de mi intervención de hoy, a saber: que algo efectivamente falló en el debate sobre los discursos de odio. Y mi intención aquí es intentar señalar qué falló, pero con el objetivo de colaborar en la reactivación productiva de este debate, que considero clave para encarar las agendas contemporáneas, saturadas por la irrupción de las nuevas derechas a escala global y local.

De hecho, entre el envío de mi propuesta y la redacción de esta breve intervención aconteció el brutal ataque de un hombre a cuatro mujeres en el barrio porteño de Barracas, con el resultado del homicidio de tres de ellas, de la manera más espeluznante. Este horroroso crimen fue interpretado por las distintas voces y militancias que se levantaron para denunciarlo, como efecto de los “discursos de odio”. En parte, porque se diagnostica un clima de época signado por la presencia de esos discursos desde las más altas esferas del poder, pero además porque apenas días antes del crimen se había difundido una nota con una de las voces más extremas del neofascismo en la Argentina, la de Nicolás Márquez, que daba una entrevista con ocasión de su publicación de nada menos que la biografía oficial del presidente de la Nación. Es en el contexto de ese crimen que se difunde la consigna: “no es libertad, es odio”. Por supuesto, la expresión alude al uso distorsivo de la palabra “libertad” en el discurso del partido gobernante, pero claramente alude también a un aspecto central del debate que queremos abordar, que es la distinción entre “libertad de expresión” y “discursos de odio”.

Quiero decir, sin embargo, que esta consigna vuelve a poner en escena pública el debate sobre discursos de odio después de un largo silencio al respecto desde su última emergencia pública, a sa-

¹ Universidad Nacional de Córdoba - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

ber, desde el atentado contra Cristina Fernández de Kirchner, el 1 de septiembre de 2022. En ese momento, desde la propia presidencia de la Nación la explicación oficial del episodio situó como causa determinante del atentado la circulación de los “discursos de odio” en nuestro país, y así como fue el momento de más circulación de ese diagnóstico (que a su vez permitía trazar una mirada retrospectiva a discursos que venían incubándose ya desde la pandemia), también fue el momento de su ingreso en la trituradora de la llamada “grieta” y, por tanto, su caída en desdicha y abandono de parte de todas las agendas mediáticas, sin importar su orientación política. Abandonado el tópico, se abandonó, en plena gestación del fenómeno libertario, una de las herramientas con las que diagnosticar el incipiente emergente neofascista en nuestro país.

Porque creo que la principal virtud del debate sobre los discursos de odio fue, claramente, la de ser un temprano modo de diagnosticar la infiltración de lógicas fascistas en nuestra vida social. Quizá los diagnósticos de Daniel Feierstein y del colectivo LEDA sean los que más lugar le daban al problema de la utilización política del odio, y de los pocos que, de resultados de ello, se atrevieran, desde las propias ciencias sociales, a hablar de neofascismo, o al menos, del fascismo como práctica social.

Sin embargo, el error fatídico del debate sobre los discursos de odio es muy simple de reconocer, aunque no de superar. Vuelvo a la pregunta, entonces: ¿qué falló en el debate sobre los “discursos de odio”? Que fue utilizado como parte de la misma lógica que se intentaba criticar: ellos odian, nosotrxs no. Fundamentalmente a partir de la apropiación oficial del tópico tras el atentado contra Cristina Fernández, la denuncia de los discursos de odio cayó en la gramática de la grieta, poniéndose así al servicio de confirmar su lógica. Ello tuvo un doble efecto negativo: en primer lugar, la contradicción performativa en que incurrían quienes denunciaban “discursos de odio” (entre comillas) para expresar sus propios odios en una escena pública ya capturada por esa lógica, una contradicción fácilmente reconocible; como consecuencia de ello, y en segundo lugar, se veía confirmada y exacerbada la misma posición enunciativa de superioridad moral que justamente los discursos de odio (ahora sin comillas) venían a denunciar en su masiva crítica al progresismo y su mon-

serga llena de moralina autocomplaciente. El asunto es que todo ese episodio, en vez de servir para comenzar una discusión seria sobre nuevas derechas, por el contrario, las envalentonó para mostrar el peor rostro del progresismo, y, para peor de males, con toda la razón, pues el odio moralmente sublimado es el más abyecto de todos los odios. Y una sensibilidad social predispuesta a la crítica al progresismo y a la corrección política lo detectó inmediatamente.

Ese fue el gran fallido del debate. Y ello sucedía, además, en un contexto totalmente refractario a esa discusión, y que lo siguió siendo hasta nuestros días. Quiero enumerar tres razones fundamentales para esta resistencia. En primer lugar, creo importante destacar que la expresión “discursos de odio” llega a nuestro país sin el acumulado de discusiones en torno a los “crímenes de odio”. Como ustedes saben, *hate speech* es una expresión acuñada en el la militancia y el debate jurídico norteamericano al calor de la denuncia y resistencia a los *hate crimes*, y así sucede en la influyente teoría sobre este problema, esto es, la de Judith Butler. Ella articula su teoría del “excitable speech” en los años '90, pero como decantación de la larga tradición de resistencia al racismo y al sexismo, tan extensa como las décadas de la posguerra en Estados Unidos. Y es en el contexto de la resistencia a la persecución de minorías raciales y sexuales que emerge esa problemática, siempre doble: *hate crimes/hate speech*. En la Argentina, los “discursos de odio” llegan sin ese contexto y esa tradición jurídica y militante, sin el acumulado de discusiones en torno a los “crímenes de odio”, facilitando entonces la lectura simplificadora de éstos como meras injurias o expresiones subidas de tono, propias de cualquier discusión política.

En segundo lugar, la emergencia de la discusión que evocamos se da en un contexto de franco ascenso de las nuevas derechas a nivel global, justamente como reacción al modelo enunciativo de esas nuevas derechas, y a sus estrategias de circulación en medios virtuales y redes sociales. Ahora, un componente esencial de esas nuevas derechas en ascenso es precisamente la crítica a lo que ellas llaman la cultura “woke”, se alimenta de esa crítica, y uno de los rasgos esenciales de esa crítica es, precisamente, la condena a la apropiación de esa cultura “woke” del tópico del odio. Criticar la utilización política del odio es un rasgo esencial de esa “corrección política” que las nue-

vas derechas vinieron a combatir. Entonces, nunca se pudo hablar de discursos de odio sin activar inmediatamente todas las estrategias defensivas y de victimización de los referentes de las nuevas derechas, que impidieron siempre que llegara a plantearse una auténtica discusión al respecto, y, por el contrario, usaron esas críticas como palancas para sí mismos. Decir discurso de odio era, inmediatamente, tomar partido en una “batalla cultural” cuya gramática no depende sólo, ni principalmente, de “nosotres”. Por eso se llegó a decir en campaña: hablar de discursos de odio es sumarle votos a Milei.

Por último, y tras el desembarco en el gobierno de esas mismas “nuevas derechas” en su versión colonial local, una nueva capa de malentendidos cayó sobre la discusión. Ahora desde un “fuego amigo” que desde las elecciones no ha dejado de crecer. Me refiero al conjunto de explicaciones propuestas para esa enorme sorpresa que fue la victoria de Javier Milei, desde una serie de intervenciones articuladas en torno a la figura y la voz de Pablo Semán. En efecto, considero que su voz (con sus afluentes y ramificaciones) cumplió un rol clave para articular una explicación del fenómeno Milei y de su llegada al poder, y lo hizo desde una posición ambigua de progresismo antiprogresista, y sobre todo antikirchnerista, que hizo que fuera escuchado tanto dentro como fuera del campo popular, con una llegada muy extendida a medios de alcance nacional, además (incluido esa suerte de altavoz de Milei que es LaNación+). ¿Y qué decía esa voz? Decía que la hipocresía del progresismo tuvo un peso mucho mayor en la llegada del fascismo que el lento colarse de la violencia política capilar a través de los discursos de odio, que la verdadera explicación del ascenso de Milei está en la “mímica de Estado” que jugó el kirchnerismo y la legitimación cínica de ese lento abandono de gente, por parte del discurso progresista de intelectuales de estado financiados por el estado. Por supuesto, en el contexto de esta lectura el debate sobre los “discursos de odio” fue leído como el colmo del progresismo, como una operación de chantaje moral que venía a pontificar sobre la corrección política en la lengua mientras ese “estado que te cuida” que el progresismo defendía iba claudicando velozmente sus obligaciones para con los más necesitados. Por eso Semán rechaza muy enfáticamente hablar de fascismo en relación a los libertarios, y por eso el libro colectivo que él editó (*Está*

entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?) ni menciona el atentado contra Cristina como antecedente relevante del ascenso libertario, de no creer, pero ni lo menciona. Igualmente, atenido a un cuidado antropológico y un empirismo metodológico, tampoco admite vínculos relevantes con la ola de las nuevas derechas globales, sino que enfatiza las causas internas, locales, obstaculizando a la vez la posibilidad de pensar los componentes neofascistas de este proyecto.

El mencionado libro circuló mucho, y tenía todos los elementos necesarios para hacerlo: sin dudas es un muy buen libro, aborda el problema desde una perspectiva múltiple y polifacética, y sobre todo logra equilibrar dos rasgos que, en la desconcertante escena posteleccionaria, dieron masividad a su recepción: hacia el público anti-libertario, logra hincar el colmillo en inercias reales del discurso progresista y de ciertas maneras residuales de abordaje de lo social, que ya se venían discutiendo en ese campo pero que el libro logra articular muy bien, y sin por ello ser para nada un libro antipopular sino lo contrario; hacia fuera del progresismo, es un libro rabiosamente antikirchnerista, que prácticamente no señala ningún aspecto objetable en la apuesta política o comunicacional de Milei, sino más bien al contrario: de tan empeñado que está en la explicación del fenómeno, da pasos, casi diría deliberados, hacia su justificación. Todo esto hace de la explicación-Semán un enorme obstáculo para pensar adecuadamente el problema de los discursos de odio.

Estas creo que son las cuatro principales razones de lo malogrado del debate. Algunas son internas, otras de contexto. De modo que uno diría: si tan torcido viene, ¿por qué no dejarlo ir nomás al desván de los debates olvidados? Y bueno, porque creo que más allá del fallido, todo lo demás era cierto, certero y necesario. Todo: que hay una relación directa entre discursos de odio y crímenes de odio; que hay un abismo infinito y negado entre discursos de odio y “libertad de expresión”; que toda política de terror estuvo antecedida por discursos de odio; que las redes sociales son máquinas aceleradoras de los discursos de odio, porque el odio genera mucho más “engagement” que cualquier otro contenido; que la “rebeldía” de derecha no es más que discurso de odio desatado; que los discursos de odio son un engranaje fundamental de la lógica sacrificial del chivo expiatorio; que

los discursos de odio son un ingrediente clave de toda lógica conspiranoica; en una palabra: que el debate de los discursos de odio fue una manera temprana de hablar de la infiltración del neofascismo en nuestra sociedad. Hoy que el aparato oficial de comunicación movilizaba una monstruosa metástasis de discursos de odio, necesitamos volver a plantear la discusión en un nuevo nivel. Hoy que los movimientos y militancias recogen el guante para convertirlo en disputa por el sentido común a partir del lesbicidio de Barracas, tenemos que diagnosticar sus trabas y liberar sus potencialidades.

Por ello, y para cerrar, diría dos palabras sobre cómo encarar hoy cada una de los cuatro obstáculos que señalamos para un adecuado despliegue del debate:

En primer lugar, los discursos de odio no pueden entrar en la lógica maniquea y purista de almas bellas que no odian y que denuncian algo que siempre está fuera de ellas, un afuera que sería el mal radical, activando así en un juego mimético de aniquilación con el fascismo que se quería combatir. Hay que asumir, y hacer rendir analíticamente, que los discursos de odio son síntoma de una *descomposición generalizada del discurso público*, también el “nuestro”, en un único lodazal sin verdades ahora llamado “batalla cultural”; los discursos de odio llegaron para vaciar al habla social de todo sentido de verdad, memoria y justicia, y convertir a la palabra -a toda palabra, también la “nuestra”- en un engranaje más de una única maquinaria de violencia. Si eso ya se preparaba en nuestras sociedades cada vez más desigualitarias, las redes sociales terminaron de sancionar a los discursos de odio como el paradigma de la comunicación nihilista contemporánea. Debemos salvar el debate *desmoralizándolo*, convirtiéndolo en una discusión social y técnica sobre las formas de la circulación de la palabra, y retirándonos del lugar de la corrección y la superioridad moral: todos somos parte de los efectos de los discursos de odio. Creo que el actual desvanecimiento de la grieta (otro efecto del fascismo) puede favorecer a ello.

En segundo lugar, debemos restablecer el vínculo interno y determinante entre discursos de odio y crímenes de odio, un vínculo insuficientemente desplegado hasta el momento en nuestro país. Ni siquiera el atentado a Cristina sirvió del todo para reponer ese lazo. Creo que el lesbicidio de Barracas ha situado mucho más cla-

ramente ese vínculo, un vínculo clave para una des-moralización del debate. Hay que volver sobre el modo en que las militancias contra la violencia de género habilitaron la incorporación del término “femicidio” como agravante en nuestro ordenamiento jurídico: insistir en ello debería ser más que suficiente para demostrar que no estamos ante las taras de un discurso progre y su amor por la corrección política o sus pulsiones punitivistas de cancelación, sino ante la necesidad urgente de nombrar, tipificar y anticipar crímenes de otro modo inexistentes.

En tercer lugar, si queremos zafar del encasillamiento en la cultura “woke” de la “corrección política” despreciada por las nuevas derechas, debemos insistir en señalar el carácter *estructural* de estos discursos, y mostrarlo como un problema que torna inviables a las democracias en los contextos en que ellos proliferan.

En cuarto y último lugar, contra la simplificación antikirchnerista de la explicación de la emergencia de Milei, tenemos que mostrar su ascenso como un ejemplo paradigmático de un estado global de la lengua capturado por la tenaza de nuevas derechas y redes sociales que asfixia la palabra pública en una dirección inequívocamente *fascista*.